

repetió en los jacobinos, y se le tributaron los aplausos con que eran acogidas todas sus palabras. El *Diario de la Montaña* y el *Monitor* insertaron al día siguiente el discurso, y habiéndole calificado de obra maestra, cuyo análisis era imposible, porque *cada palabra valía una frase y cada frase una página*, irritóse vivamente Robespierre, y fué al otro día á quejarse á los jacobinos de los diarios que elogiaban con afectación á los individuos del comité para perderlos, dándoles las apariencias del poder supremo. Los periódicos hubieron de retractarse y disculparse, asegurando que sus intenciones eran puras.

Robespierre tenía vanidad, mas no era bastante grande para ser ambicioso: ávido de lisonjas y de honores, alimentábase de ellos, y se justificaba de recibirlos asegurando que no anhelaba la supremacía. Tenía á su alrededor una especie de corte compuesta de algunos hombres, y sobre todo de algunas mujeres, que le prodigaban delicadas atenciones. Siempre afanosas á su puerta, manifestaban hacia su persona la más constante solicitud, no cesaban de ensalzar entre ellas sus virtudes, su elocuencia, su genio; llamábanle un hombre divino y superior á la humanidad. Una anciana marquesa era la principal de aquellas mujeres que como verdaderas devotas cuidaban de aquel pontífice sangriento y orgulloso. El apresuramiento de las mujeres es siempre el síntoma más seguro del embeleso público; ellas son las que con sus activos desvelos, sus discursos y solicitudes, se encargan de promover el ridículo.

Á las mujeres que adoraban á Robespierre habíase agregado una secta ridícula y singular, formada hacia poco. En el momento de la abolición de los cultos es cuando abundan las sectas; porque la imperiosa necesidad de creer, trata de alimentarse con otras ilusiones, á falta de las que se han perdido. Una anciana cuyo cerebro se había sobrecitado en las prisiones de la Bastilla, y que se llamaba Catalina Theot, titulábase madre de Dios y anunciaba la próxima aparición del nuevo Mesías. Según ella, debía aparecer en medio de cataclismos, y en el momento en que se presentase comenzaría una vida eterna para los elegidos, quienes debían propagar su creencia por todos los medios, exterminando á los enemigos del verdadero Dios.

El cartujo Dom Gerle, que figuró en la Constituyente y cuya débil imaginación se había extraviado con místicos ensueños, era uno de los profetas, y el otro Robespierre. Sin duda el deísmo le había merecido este honor. Catalina Theot le llamaba su hijo querido, y los iniciados le contemplaban con respeto, viendo en él un ser sobrenatural, llamado para destinos misteriosos y sublimes. Probablemente estaba instruido de sus locuras, y sin ser cómplice, gozaba de su error. Es cierto que había protegido á Dom Gerle, quien frecuentaba su casa, habiéndole dado una certificación de civismo firmada por su mano, para escudarle contra las persecuciones de una junta revolucionaria. Habíase extendido en gran manera la secta con su culto y sus prácticas, lo que no dejaba de contribuir á su propagación, y se juntaba en casa de Catalina Theot en un barrio apartado de París y cerca del Panteón. Allí era donde se hacían las iniciaciones, en presencia de la madre de Dios, de Dom Gerle y de los escogidos principales. Empezaba esta secta á darse á conocer, y vagamente se sabía que Robes-

pierre era su profeta, contribuyendo esto á engrandecerle y comprometerle.

Entre sus compañeros era donde principalmente comenzaba á levantarse la tormenta. Presentábanse ya desavenencias, y era muy natural, por cuanto hallándose ya establecido el poderío de la junta, había llegado el tiempo de las rivalidades. La junta estaba dividida en pandillas, pues la muerte de Herault-Sechelles había reducido á once los doce miembros que la componían. Juan-Bon-Saint-André y Prieur del Marne andaban siempre en comisión; Carnot estaba enteramente ocupado en la guerra; Prieur de la Côte-d'Or con las provisiones, y Roberto Lindet con los abastos. Á todos éstos les llamaban *gentes de oficina* y no tomaban parte alguna en la política ni en las competencias. Robespierre, Saint-Just y Couthón se habían hermanado, porque una especie de superioridad de entendimiento y de maneras, el grande aprecio que al parecer hacían de sí mismos y el menosprecio que manifestaban para con sus compañeros, los había inclinado á colocarse aparte, á apandillarse, y se les llamaba *la gente de mano armada*. Barre para ellos no era más que un ente débil y pusilánime, brindando con su desempeño á todo el mundo; Collot d'Herbois su declamador y Billaud-Varennes un entendimiento mediano, sombrío y envidioso. Estos tres últimos no les perdonaban sus secretos desdenes. Barrere no se atrevía á pronunciarse; pero Collot, y especialmente Billaud, cuyo carácter era indomable, no podía encubrir el odio con que se habían inflamado. Buscaban el apoyo de sus colegas, los *de oficina*, para ponerlos de su parte. Podían esperar un apoyo de la junta de seguridad general, que empezaba á incomodarse con la supremacía de la junta de salvación pública. Limitada especialmente á la policía, y á veces celada y contrarrestada en sus operaciones por la otra, la junta de seguridad general sobrellevaba impaciente esta dependencia.

Amar, Vadier, Vouland, Jagot y Luis del Bajo-Rhin, sus miembros más crueles, eran al mismo tiempo los más dispuestos para sacudir el yugo. Dos de sus compañeros, á quienes se llamaba los *soplones*, los acechaban por cuenta de Robespierre, y este espionaje se les hacía insostenible; así es que los descontentos de entrambas juntas podían apandillarse y hacerse peligrosos para Robespierre, Couthón y Saint-Just. Necesario es notar lo bien: las rivalidades de orgullo y de poder eran las que principiaban las desavenencias, y no una diversidad de opinión política, porque Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Vadier, Vouland, Amar, Jagot y Luis eran revolucionarios no menos temibles que los tres adversarios que querían derribar.

Hubo una circunstancia que indispuso todavía más al comité de seguridad general contra los dominadores del de salvación pública. Quejábanse mucho de las prisiones, que cada día eran más numerosas, y que frecuentemente solían ser injustas, porque recaían en una multitud de individuos conocidos por excelentes patriotas, é igualmente se lamentaban de las rapiñas y vejaciones de los numerosos agentes encargados de las pesquisas inquisitoriales. Robespierre, Saint-Just y Couthón, no atreviéndose á suprimir ni á renovar este comité, imaginaron establecer una oficina de policía en el seno del comité de salvación pública, lo cual equivalía

á invadir sus funciones y despojarle de ellas, sin suprimir el comité de seguridad general. Saint-Just debía encargarse de la dirección; pero llamado al ejército, no pudo desempeñarla, y Robespierre ocupó su lugar. La oficina de policía ponía en libertad á los detenidos por el comité de seguridad general, y este último procedía del mismo modo. Esta invasión de sus respectivas funciones produjo un rompimiento evidente, y á pesar del secreto de que se rodeaba el gobierno en todos sus actos exteriores, supose muy pronto que sus individuos no estaban de acuerdo.

En la Convención se suscitaron otros descontentos no menos graves: mostrábase siempre muy sumisa; pero algunos de sus individuos, que habían concebido temores por sí mismos, cobraron más atrevimiento con el peligro. Eran antiguos amigos de Dantón, comprometidos por sus relaciones con él, y amenazados algunas veces como restos del partido de los *pervertidos* y de los *indulgentes*. Los unos habían abusado en sus funciones, y temían con razón ser acusados de malversación y que se les aplicase el *sistema de la virtud*, y los otros parecían opuestos á los rigores que aumentaban diariamente. El más comprometido de todos era Tallián: decían que había malversado en el Ayuntamiento cuando formaba parte de él, y en Burdeos cuando fué en comisión; añadiéndose que en esta última ciudad se dejó ablandar y seducir por una hermosa joven que le acompañó á París y que acababa de ser encarcelada. Después de Tallián, citábase á Bourdón de l'Oise, comprometido por su lucha con el partido de Saumur, y expulsado de los jacobinos juntamente con Fabre, Camilo y Philippeaux. También se hacía mención de Thuriot, excluido igualmente de los jacobinos; de Legendre, que, á pesar de sus diarias sumisiones, no podía conseguir que le perdonasen sus antiguas relaciones con Dantón; y, por último, de Frerón, Barras, Lecointre, Rovere, Monestier, Panis, etc., todos ellos amigos de Dantón, ó que desaprobaban el sistema seguido por el gobierno. Propagábase estas inquietudes personales; el número de los descontentos aumentaba cada día, y parecían dispuestos á unirse á los individuos de uno ú otro comité que quisieran tenderles la mano.

Acercábase el 20 pradiel (8 de junio), día fijado para la fiesta del Ser Supremo. El 16 se debía designar un presidente, y la Convención nombró por unanimidad á Robespierre para ocupar el sillón: esto era asegurarle el papel principal en la función del 20. Sus colegas, según vemos, trataban aún de lisonjearle y contentarle á fuerza de honores. Habíanse hecho grandes preparativos, conforme el plan concebido por David, y la fiesta debía ser magnífica. En la mañana del 20 lucía el sol con todo su brillo; la multitud, siempre dispuesta para asistir á las representaciones que le ofrece el poder, había acudido presurosa; pero Robespierre se hizo esperar largo tiempo. Por fin, se presentó en medio de la Convención; iba cuidadosamente ataviado; lucía un sombrero adornado con plumas, y así como todos los representantes, llevaba en la mano un ramo de flores, frutos y espigas de trigo: su semblante, de ordinario sombrío, expresaba una alegría que no le era común. Habíase formado un anfiteatro en medio del jardín de las Tullerías, el cual ocupó la Convención; á derecha é izquierda veíanse varios grupos de niños, hombres jóvenes, ancia-

nos y mujeres; los primeros estaban coronados de violetas, los adolescentes de mirto, los adultos de encina, y los ancianos de pámpano y olivo. Las mujeres tenían á sus niños de la mano y llevaban cestas de flores. Frente al anfiteatro veíanse figuras que representaban el Ateísmo, la Discordia y el Egoísmo, las cuales debían ser quemadas. Apenas hubo tomado asiento la Convención, dióse principio á la ceremonia con una música, y el presidente pronunció después el primer discurso sobre el objeto de la fiesta. «Franceses republicanos, dijo, por fin llegó el día, para siempre dichoso, que el pueblo



Frerón

francés consagra al Ser Supremo. Jamás el mundo que creó le ha ofrecido un espectáculo tan digno de sus miradas. ¡Ha visto reinar en la tierra la tiranía, el crimen y la impostura; ve en este momento á una nación entera en lucha con todos los opresores del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos, para elevar su pensamiento y sus votos hacia el gran Ser que le confió la misión de emprenderlos y el valor para ejecutarlos!»

Después de hablar algunos minutos, el presidente baja del anfiteatro, y cogiendo una hacha prende fuego á los monstruos del Ateísmo, de la Discordia y del Egoísmo. Entre sus cenizas aparece la estatua de la Sabiduría, pero obsérvese que está ahumada por las llamas que la rodearon. Robespierre vuelve á ocupar su sitio y pronuncia un segundo discurso sobre la extirpación de los vicios ligados contra la república. Después de esta primera ceremonia, se emprende la marcha para dirigirse al Campo de Marte: el orgullo de Robespierre parece redoblar, y afecta adelantarse mucho á sus colegas; pero indignados algunos, acércanse á él y le prodigan los más amargos sarcasmos. Los unos se burlan del nuevo Pontífice, y le dicen, aludiendo á la estatua de la Sabiduría, que había aparecido ahumada, que la suya se obscurecía; otros dejan oír la palabra tirano, y excl-

man que todavía hay Brutos: Bourdón de l'Oise le dirige estas palabras: *La roca Tarpeya está cerca del Capitolio.*

La cómitiva llega por fin al Campo de Marte: veíase allí en vez del antiguo altar de la patria una gran montaña, y en su cima un árbol. La Convención se sienta debajo de sus ramas, y á cada lado de la montaña colócanse los diversos grupos de niños, ancianos y mujeres. Comiénzase por una sinfonía; los grupos entonan después estrofas, contestándose alternativamente; á una señal dada, desenvainan los adolescentes sus aceros, y juran en manos de los ancianos defender la patria; las madres levantan sus niños en brazos; todos los concurrentes elevan sus manos al cielo, y los juramentos de vencer se mezclan con los tributos rendidos al Ser Supremo. Después se vuelve al jardín de las Tullerías, y termina la función con regocijos públicos.

Tal fué la famosa fiesta celebrada en honor del Ser Supremo. Robespierre llegó en aquel día al apogeo de los honores; pero no alcanzó la cúspide sino para ser precipitado. Su orgullo había resentido á todos; los sarcasmos llegaron á su oído, y observó en algunos de sus colegas un atrevimiento que no les era acostumbrado. Al día siguiente se presenta en el comité de salvación pública para expresar su cólera contra todos los diputados que le ultrajaron la víspera; quéjase de aquellos amigos de Dantón, de aquellos restos impuros del partido indulgente y pervertido, y pide su sacrificio. Billaud-Varennes y Collot d'Herbois, que no estaban menos resentidos que sus colegas por el papel que Robespierre había representado la víspera, se mostraron muy frios y con pocos deseos de vengarle; no defienden á los diputados de quienes se quejaba Robespierre, y sí tratan de la última fiesta, expresando temores por sus resultados. Dicen que ha indispuerto muchos ánimos, y que, por otra parte, aquellas ideas del Ser Supremo y de inmortalidad del alma, y aquellas pompas, parecían un retroceso á las supersticiones de otro tiempo y podían retrasar la revolución. Robespierre se irrita entonces al oír estas observaciones; sostiene que nunca quiso hacer retroceder á la revolución, y que ha hecho todo, por el contrario, para acelerar su marcha. En prueba de ello, cita un proyecto de ley que acaba de redactar con Couthón, y que tiende á que el tribunal revolucionario sea aún más mortífero. Véase cuál era este proyecto.

Dos meses hacía que se trataba de algunas modificaciones en la organización del tribunal revolucionario. La defensa de Dantón, Camilo, Fabre y Lacroix había hecho palpable el inconveniente que resultaba de haber conservado algunos restos de formas judiciales, y apenas se pasaba día en que no fuese indispensable oír testigos y abogados, y por breve que fuese la audiencia y ceñida la defensa de los abogados, siempre resultaba cierta pérdida de tiempo y daba motivo á llamar la atención. Los jefes de este gobierno, deseosos de que todo se ejecutase pronto y calladamente, anhelaban la supresión de estas formalidades incómodas. Acostumbrados á pensar que la revolución tenía derecho para destruir á todos sus enemigos, y que á la simple inspección se les debía distinguir, creían que los procedimientos revolucionarios aún se podían hacer más expeditos; y Robespierre, encargado particularmente del tribunal, había dispuesto la ley con Couthón solo, porque Saint-Just estaba ausen-

te. No se había dignado consultar á sus demás compañeros de la junta de salvación pública, y acudía únicamente á leerles el proyecto antes de presentarlo. Aunque Barrere y Collot d'Herbois estuviesen tan dispuestos como él á admitir disposiciones sanguinarias, debían acogerlo con frialdad, puesto que había sido concebido y dispuesto sin su intervención. Acordóse, sin embargo, que se propondría al día siguiente y que Couthón sería el informante; pero ninguna satisfacción se concedió á Robespierre por los ultrajes de la víspera.

Tampoco se consultó á la junta de seguridad general sobre dicha ley. Supo, sí, que se disponía una, pero no se le llamó para intervenir en ella. Quiso á lo menos que sobre los cincuenta jurados que se debían señalar, se nombrasen veinte por su parte; pero Robespierre los desechó todos y eligió únicamente á sus hechuras. La proposición se hizo el 22 pradial, siendo el informante Couthón: después de las declamaciones de costumbre sobre la inflexibilidad y prontitud, que debían ser siempre los atributos de la justicia revolucionaria, leyó el proyecto, redactado en un estilo horroroso. El tribunal debía dividirse en cuatro secciones, compuestas de un presidente, tres jueces y nueve jurados, que debían sucederse en el ejercicio de sus funciones, de modo que el tribunal pudiera reunirse todos los días: la única pena era la de muerte. El tribunal, decía la ley, se institúa para castigar á los enemigos del pueblo, según la definición más vaga y más general de esta palabra. En el número de ellos se comprendía á los proveedores infieles y á los alarmistas que propagaban malas noticias. La facultad de citar á los ciudadanos al tribunal revolucionario se confería á los dos comités, á la Convención, á los representantes comisionados y al fiscal Fouquier Tinville. Si existían pruebas, ya materiales, ya morales, no se debía escuchar á ningún testigo. Por último, un artículo contenía estas palabras: *La ley da por defensores á los patriotas calumniados jurados patriotas, pero no los concede á los conspiradores.*

Una ley que suprimía todas las garantías, que limitaba la sumaria á un simple llamamiento nominal, y que atribuyendo á los dos comités la facultad de citar á los ciudadanos al tribunal revolucionario les concedía así derecho de vida y muerte, debió causar un verdadero terror, particularmente á los individuos de la Convención, que estaban ya inquietos por sí mismos. No se decía en el proyecto si los comités tendrían la facultad de citar á los representantes al tribunal, sin pedir previamente un decreto para la formación de causa; y por lo tanto, los comités podrían enviar á sus colegas á la muerte sin más formalidad que señalarlos á Fouquier-Tinville. Por eso se sublevaron los restos de la supuesta facción de los indulgentes, y por primera vez, desde hacía mucho tiempo, declaróse una oposición en el seno de la Asamblea. Ruamps pidió la impresión y el aplazamiento del proyecto, diciendo que si se adoptaba esta ley sin aplazarla, tanto valdría pegarse un tiro. Lecointre de Versailles apoyó el aplazamiento: Robespierre se presenta al punto para combatir esta resistencia inesperada, y dice: «Hay dos opiniones tan antiguas como nuestra revolución: la una, que tiende á castigar de una manera rápida é inevitable á los conspiradores; la otra, que tiende á absolver á los culpables; esta última no ha dejado de reproducirse en todas ocasiones, y como se

manifiesta de nuevo hoy, vengo á rechazarla. Desde hace dos meses, el tribunal se queja de las trabas que entorpecen su marcha y de que le faltan jurados; y por lo tanto, se necesita una ley. En medio de las victorias de la república, los conspiradores son más activos y celosos que nunca, y es preciso herirlos. Esta inesperada oposición que se manifiesta no es natural; se quiere dividir á la Convención, se quiere espantarla.—No, no, gritan varias voces, no nos dividirán.—Nosotros somos, añade Robespierre, los que siempre hemos defendido á la Convención, y no es á nosotros á quienes debe temer. Por lo demás, hemos llegado á un punto en que se podrá matarnos, pero no impediremos que salvemos la patria.» Robespierre no dejaba nunca de hablar de puñales y asesinatos, como si siempre se hubiese visto amenazado. Contéstale Bourdón de l'Oise, diciendo que si el tribunal necesitaba jurados no tenía más que adoptar al momento la lista propuesta, porque nadie puede detener la marcha de la justicia; pero que es preciso aplazar lo demás del proyecto. Robespierre vuelve á subir á la tribuna, y contesta que la ley no es más complicada ni más difusa que otras muchas adoptadas sin discusión, y que en un momento en que los defensores de la libertad están amenazados por el puñal, no debía tratarse de paralizar la represión contra los conspiradores. Propone, en fin, que se discuta toda la ley, artículo por artículo, continuándose la sesión hasta media noche para decretar aquella en el mismo día. El dominio de Robespierre prevalece una vez más; se lee la ley, y apruébase en algunos instantes.

Sin embargo, Bourdón, Tallián y todos los individuos que tenían recelos personales estaban atemorizados con semejante ley. Los comités podían citar á todos los ciudadanos ante el tribunal revolucionario, y como no se exceptuaba á los individuos de la representación nacional, temblaban al pensar que en una noche podrían ser arrebatados todos de sus casas y entregados á Fouquier sin que se avisase ni aun á la misma Convención.

Al día siguiente, 23 pradial, Bourdón pide la palabra. «Al dar, dice, á los comités de salvación pública y de seguridad general el derecho de citar á los ciudadanos ante el tribunal revolucionario, la Convención no ha entendido sin duda que la autoridad de los comités se extendiese á todos sus individuos sin un decreto previo.—No, no, gritan por todas partes.—Ya esperaba yo esos murmullos, replica Bourdón; ellos me prueban que la libertad es imperecedera.» Aquella reflexión produjo una impresión profunda, y Bourdón propone se declare que los individuos de la Convención no podrán ser entregados al tribunal revolucionario sin un decreto para la formación de causa. Hallándose los comités ausentes, la proposición de Bourdón es aprobada; Merlin pide la cuestión previa; murmurábase contra él; pero se explica y vuelve á pedirla con una observación, y es que la Convención no había podido renunciar al derecho de decretar sola contra sus propios individuos; adóptase el considerando con general satisfacción.

Un incidente ocurrido aquella noche puso más en relieve aquella nueva oposición. Tallián y Bourdón se paseaban por las Tullerías, y seguíanles muy de cerca varios espías del comité de salvación pública. Cansado ya Tallián de su insistencia, vuélvese, los provoca, trá-

talos de viles espías del comité, y les dice que vayan á contar á sus amos lo que habían visto y oído. Esta escena produjo gran sensación. Indignados Couthón y Robespierre, preséntanse al día siguiente en la Convención, resueltos á quejarse altamente de la resistencia que se les opone: Delacroix y Mallarmé les ofrecen la oportunidad de hacerlo. El primero pide que se caracterice con más precisión á los que la ley califica de *depravadores de las costumbres*; y el segundo pregunta qué se ha querido decir con las palabras: *la ley no da por defensores á los patriotas calumniados sino la conciencia de los jurados patriotas*. Couthón sube entonces á la tribuna para quejarse de las enmiendas propuestas. «Se ha calumniado, dice, al comité de salvación pública, pareciendo suponerse que trataba de tener la facultad de enviar á los individuos de la Convención al cadalso. Natural es que los tiranos calumnien al comité; pero que la Convención misma parezca escuchar la calumnia, es una injusticia insoportable, y no puedo menos de quejarme de ella. Ayer se aplaudió mucho una *feliz palabra* que probaba que la libertad era imperecedera, como si la libertad hubiese estado amenazada; y para dirigir este ataque se ha elegido el momento en que se hallaban ausentes los individuos del comité. Semejante conducta es desleal, y propongo que se suspendan las enmiendas adoptadas ayer y las que se acaban de proponer hoy.»

Bourdón contesta que pedir explicaciones sobre una ley no es ningún crimen; que si se había felicitado de una aprobación era porque le satisfizo hallar acuerdo en la asamblea, y que si por una y otra parte se mostraba la misma acritud sería imposible discutir. «Actúsanme, dice, de hablar como Pitt y Coburgo; si yo contestase lo mismo, ¿adónde habríamos ido á parar? Yo aprecio á Couthón y á los comités, y estimo á la *Montaña*, que ha salvado la libertad.» Apláudense estas explicaciones de Bourdón; pero eran excusas, y la autoridad de los dictadores, demasiado vigorosa aún, no podía ser atacada sin consideración. Robespierre toma la palabra, y pronuncia un discurso muy vago, que rebosa de orgullo y amargura. «Montañeses, dice, siempre seréis el baluarte de la libertad pública; pero nada tenéis de común con los intrigantes y los perversos, sean quienes fueren. Si se esfuerzan por colocarse entre vosotros, no son por eso menos extraños á vuestros principios; no toleréis que algunos intrigantes, más despreciables que los otros, porque son más hipócritas, se empeñen en atraer á una parte de vosotros y en proclamarse jefes de un partido...» Bourdón de l'Oise interrumpe á Robespierre diciendo que él no ha querido jamás hacerse jefe de un partido; pero Robespierre no contesta y continúa de este modo: «Sería el colmo del oprobio que algunos calumniadores, extraviando á nuestros colegas...» Bourdón interrumpe de nuevo, exclamando: «Pido que se pruebe lo que se alega; se acaba de decir bastante claramente que yo era un malvado.—No he nombrado á Bourdón, contesta Robespierre; ¡desgraciado de aquel que se nombra á sí mismo! Sí, la *Montaña* es pura; es sublime; los intrigantes no son la *Montaña*.» Robespierre se extiende después largamente sobre los esfuerzos que se hacen para atemorizar á los individuos de la Convención y persuadirles de que están en peligro; dice que únicamente los culpables son los que se atemorizan

así, tratando de asustar á los otros; y refiere entonces lo que ha pasado la víspera entre Tallián y los espías, á quienes llama *correos del comité*. Este relato suscita vivas explicaciones por parte de Tallián, á quien se hicieron repetidas injurias. Al fin terminan todos estos debates accediéndose á las peticiones hechas por Couthón y Robespierre. Anúlense las enmiendas de la víspera, se reprueban las del día y queda en pie la espantosa ley del 22 tal como se había propuesto.

Los directores del comité triunfaban, pues, una vez más; sus adversarios temblaban; Tallián, Bourdón, Ruamps, Delacroix, Mallarmé y todos aquellos que habían hecho objeciones á la ley, creíanse perdidos y temían á cada momento ser arrestados. Aunque fuera necesario el decreto previo de la Convención para ser encausado, tan intimidada estaba aquella aún, que podría conceder todo cuanto se la pidiese. Había expedido el decreto contra Dantón y podía hacerlo también contra los amigos que le sobrevivían. Circuló luego el rumor de que ya estaba hecha la lista; suponíase que el número de las víctimas ascendía primero á doce y luego á diez y ocho; decíanse sus nombres; cundió el espanto, y muy pronto dejaron de dormir en sus casas más de sesenta individuos de la Convención.

Sin embargo, oponíase un obstáculo á que dispusieran de su vida tan fácilmente como lo temían, y era que los jefes del gobierno estaban divididos. Ya se ha visto que Billaud-Varennes, Collot y Barrere habían contestado con frialdad á las primeras quejas de Robespierre contra sus colegas. Los individuos del comité de seguridad general le eran más opuestos que nunca, por cuanto se les alejó de toda cooperación en la ley del 22 y hasta parece que algunos de ellos se veían amenazados. Robespierre y Couthón eran demasiado exigentes; habrían querido sacrificar á un gran número de diputados; hablaban de Tallián, Bourdón de l'Oise, Thuriot, Rovere, Lecointre, Panís, Monestier, Legendre, Frerón y hasta pedían á Cambón, cuya nombradía financiera los molestaba y que había parecido opuesto á sus crueldades. En fin, hubieran deseado descargar igualmente sus golpes contra varios individuos de la Montaña, los más pronunciados, tales como Duval, Audoin y Leonardo Bourdón (1). Los individuos del comité de salvación pública, Billaud, Collot, Barrere y todos aquellos del de seguridad general, rehusaron su consentimiento, pues extendiéndose el peligro á tantas cabezas, podría acabar muy pronto por amenazar las suyas.

En estas disposiciones hostiles se hallaban, y poco dispuestos acerca del nuevo sacrificio, cuando una circunstancia postrera acarreó un rompimiento definitivo. La junta de seguridad general había descubierto las reuniones que se celebraban en casa de Catalina Theot. Supo que aquella secta extravagante encumbraba á Robespierre á la categoría de un profeta, y que éste había dado una certificación de civismo á Dom Gerle. Inmediatamente Vadier, Vouland, Jagot y Amar resolvieron vengarse presentando á esta secta como una reunión de conspiradores peligrosos, denunciándola á la Convención, haciendo que recayese de esta manera sobre Robespierre parte de la odiosidad y ridiculez que

(1) Véase la lista facilitada por Vilate en sus Memorias.

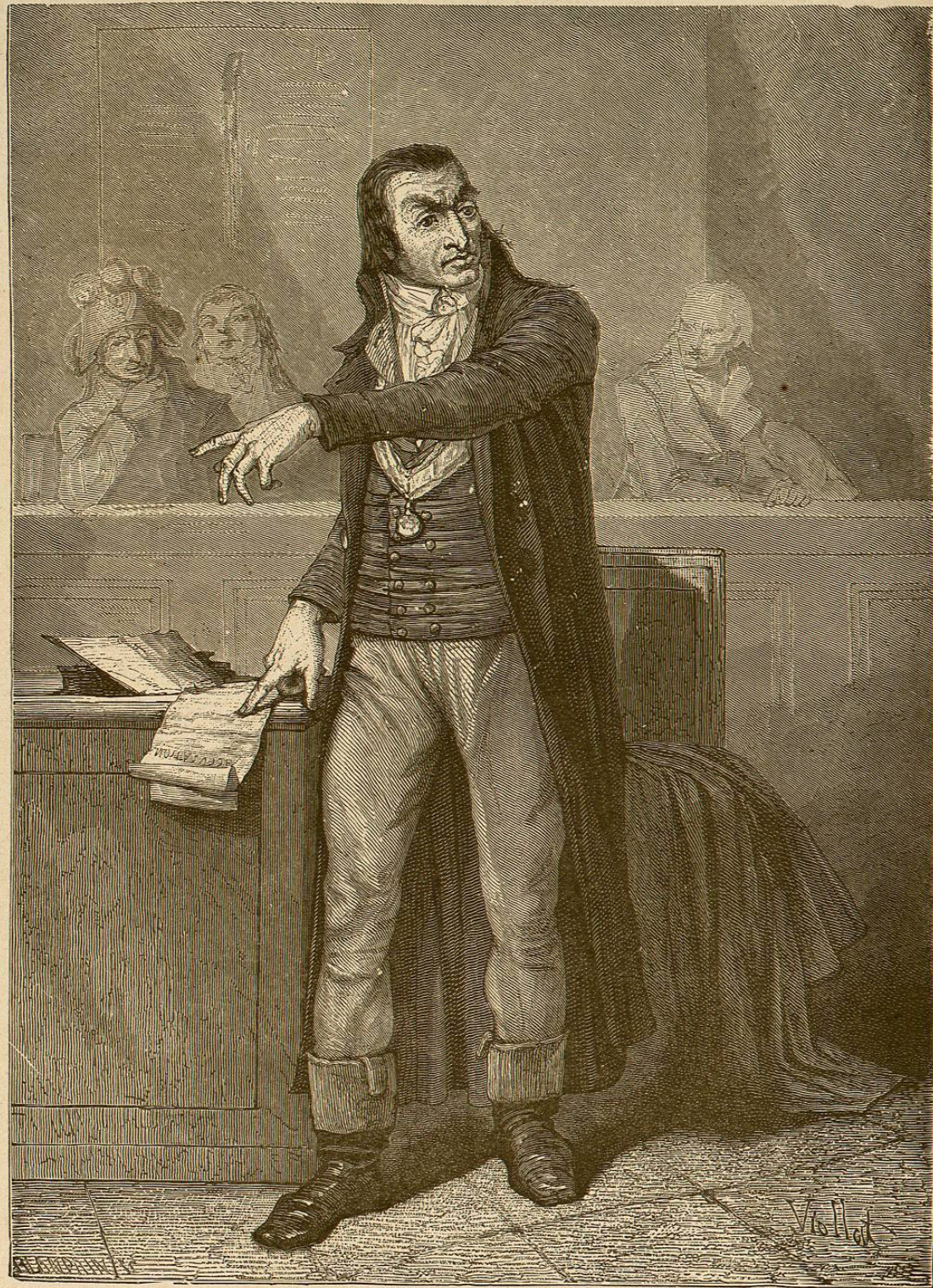
llevaba consigo. Enviaron á un agente, Senart, quien, bajo pretexto de quererse iniciar, se introdujo en una de sus reuniones. En medio de la ceremonia, se asoma á una ventana, hace señas á la tropa y prende á casi toda la secta, incluso Dom Gerle y Catalina Theot. Encontróse la certificación de civismo dada por Robespierre á Dom Gerle, y se halló también en la cama de la madre de Dios una carta que escribía á su querido hijo, al primer profeta; en fin, á Robespierre.

Cuando éste supo que iban á perseguir á la secta, quiso oponerse y provocó una discusión sobre este punto en la junta de salvación pública. Ya se ha visto que Billaud y Collot no estaban inclinados al deísmo, y que veían con ceño el uso político que intentaba hacer Robespierre de aquella creencia: opinaban, pues, por perseguir á dicha secta. Insistiendo Robespierre en impedirlo, se empeñó vivamente la discusión; sufrió expresiones sumamente injuriosas, quedó desairado y se retiró llorando de rabia. La disputa había sido tan fuerte, que para evitar que se oyese al atravesar las galerías, resolvieron los vocales trasladar el sitio de sus sesiones al piso superior. Dióse el informe á la Convención contra la secta de Catalina Theot, y Barrere, para vengarse á su modo de Robespierre, había redactado secretamente el informe que debía pronunciar Vouland. Representábase en él á la secta tan ridícula como atroz; y la Convención, ora indignada, ora divertida con el cuadro trazado por Barrere, decretó la formación de causa contra los principales jefes de la secta, á los cuales envió al tribunal revolucionario.

Indignado Robespierre por la resistencia que se le oponía, y por las palabras injuriosas que se le habían dirigido, renunció á presentarse en el comité, resolviendo no tomar ya parte en sus deliberaciones, y se retiró en los primeros días de pradiel (mediados de junio). Esta retirada demuestra de qué género era su ambición: un ambicioso no se enoja nunca; irritase por los obstáculos, se apodera de la autoridad, y aniquila á los que le han ultrajado; un retador débil y vanidoso se despecha, y cede cuando ya no halla adulaciones ni respetos. Dantón se había retirado por pereza y disgusto, Robespierre por vanidad mentida; la retirada fué para él tan funesta como para Dantón. Quedaba Couthón solo contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, y estos últimos iban á tomar en su mano todos los negocios.

No había circulado aún la noticia de estas desavenencias; sabíase sólo que los comités de salvación pública y de seguridad general no estaban de acuerdo, y alegrábanse todos de esta mala inteligencia, esperando que impediría nuevas proscripciones. Aquellos que estaban amenazados, acercábanse al comité de seguridad general, le lisonjaban, le imploraban y hasta habían recibido de algunos individuos las más tranquilizadoras promesas. Elías Lacoste, Moisés Bayle, Lavicomterie y Dubarrán, los mejores individuos del comité de seguridad general, prometieron rehusar su firma en toda nueva lista de proscripciones.

En medio de estas luchas, los jacobinos se conservaban siempre afectos á Robespierre; no establecían aún distinción entre los diversos individuos del comité, entre Couthón, Robespierre y Saint-Just por una parte, Billaud-Varennes, Collot y Barrere por la otra. Sólo



FOUQUIER TINVILLE